

LOS MOTINES DE TAIPEH

El 24 de mayo se produjeron en la isla de Formosa sangrientos motines en los que hubo ocho muertos y bastantes heridos, con motivo de la aplicación de derechos de extraterritorialidad a un soldado norteamericano.

Pero no es la acción del sargento Reynolds, causante directo de los sucesos, lo que más preocupa en estos momentos, sino las derivaciones de los motines provocados. Como ha expresado el general Carlos Rómulo, embajador de Filipinas en Washington, «los delitos por los que se acusa a los soldados en Formosa, Japón, Corea, han creado menos indignación que la extraterritorialidad judicial».

Que el desencadenamiento de las pasiones populares se haya producido en Taipeh, la capital de Formosa, espacio asiático donde el ejército y la política de los EE. UU. contaban con más entusiastas y sinceros amigos, convencidos de que en la amistad americana se cifra su supervivencia, ha causado honda preocupación en los medios rectores de Washington, por lo que el hecho pudiera significar de sentimientos contrarios a su presencia o a las líneas de su política internacional en Extremo Oriente.

El resumen de los hechos es sencillo; el ministro de Asuntos Exteriores de Formosa, Georges Yech, lo declaraba ante la Asamblea, y reconocía que, como reacción de la furia popular ante la absolución del sargento por los Tribunales militares americanos, la muchedumbre había asaltado la Embajada de los Estados Unidos en Taipeh, causando destrozos en el edificio y en la Oficina de Información.

La declaración gubernamental deploraba lo ocurrido y expresaba textualmente: «Las manifestaciones registradas son contrarias a nuestros intereses nacionales, y perjudiciales para las antiguas y amistosas relaciones entre Norteamérica y China.»

En bien pocas palabras quedaba retratada toda la cruda realidad de la situación. El Departamento de Estado americano formuló una vigorosa protesta, y el mariscal Chiang Kai Chek destituyó a tres generales: Liu Wei, jefe de la Policía Militar; Lo Kan, de la Policía Civil, y Huang Cheng Hu,

de la guarnición de Taipeh, por estimar que no habían actuado con la rapidez y vigor necesarios para evitar los sucesos de la Embajada. Parece que en los primeros momentos, la Policía intentó disuadir a los manifestantes, pero sin que su propósito fuera seguido de una decisión enérgica. Se alega que no disponían de equipo necesario y la realidad es que únicamente después de declararse la ley marcial fué cuando los policías consiguieron dispersar a las masas, aislándose los edificios y utilizándose las instalaciones americanas por las fuerzas blindadas del ejército y por tres divisiones de infantería que intervinieron en el mantenimiento del orden.

Posteriormente, el presidente Chiang Kai Chek ha comunicado «su profundo pesar por los disturbios que no significan antiamericanismos, sino solamente disgusto por la absolución de Reynolds».

¿Qué derivaciones pueden tener estos hechos? Habrán de considerarse en dos direcciones; de un lado las derivaciones en el mundo asiático; de otro las reflejadas en la política americana. Además, dentro de la primera se acusan dos matices: uno, su apreciación en los países asiáticos unidos a la política de Washington (Filipinas, Japón, Corea del Sur); el otro matiz, resulta de su aprovechamiento como maniobra por los pueblos que se sitúan al otro lado de lo que se ha dado en llamar el Telón de Bambú.

La adopción de precauciones en Filipinas, y sobre todo en el Japón, donde se sigue el proceso de un caso similar de jurisdicciones—el especialista Girard, que en un polígono causó la muerte de una mujer japonesa al disparar su arma—, denota la preocupación por el ambiente. Se ha creado un clima de recelo que alguien puede tratar de explotar al amparo de la menor oportunidad; y en esta ocasión lo más grave no es el conflicto de extra-territorialidad, sino el hecho de que en Formosa se halla llegado hasta la violencia, y en Japón se aproveche el efecto psicológico de lo ocurrido en Taipeh para desencadenar unas pasiones que antes de ahora no se habían decidido a exteriorizar, aunque los hechos eran bien conocidos, pues se habían producido hacía meses.

Esta inestabilidad y simpatía explosiva es lo grave de la cuestión. Su trascendencia hemos de reconocerla en las mismas palabras del secretario de Estado, Foster Dulles: «Los motines en Formosa no influirán de ningún modo en la política básica de los Estados Unidos en Extremo Oriente, ni en particular con respecto a la China nacionalista, pero sí imprimirán mayor rapidez a los esfuerzos para reducir el número de bases en el extranjero y para repatriar a cuantos soldados sea posible, sin poner en peligro la seguridad.»

Reducción de bases y tropas, esta es la derivación más trascendental, y aunque agrega, «sin merma de la seguridad», el apreciar esta gradación es tan subjetiva como el concepto estratégico atribuido a determinadas mercancías para incluirlas o no en las listas de embargo, sobre el comercio con la China Roja, y que el día 30 levantaba el Gobierno inglés, después de amplias discusiones sobre un extremo que, junto con la declaración de Foster Dulles, constituyen los puntos más interesantes sobre la seguridad del Pacífico.

Cerca de 300.000 americanos, incluyendo en este número los soldados, el personal civil y sus familias, constituyen el despliegue de las fuerzas estadounidenses con motivo de las diversas alianzas y acuerdos militares: 10.000 en Formosa, 80.000 en Corea del Sur, 21.000 en el Medio Oriente, 10.000 en Filipinas, 132.000 en el Japón y 45.000 en Okinawa. Estos son los contingentes a que se refiere Foster Dulles. Es difícil precisar en qué grado y en qué momento se aplicarán las ideas del secretario, pues existen discrepancias dentro de la misma política americana, sobre cuál debería ser la conducta respecto al futuro de las dos Chinas y el criterio sobre la aceptación de dos Estados, que anteriormente no había calado en el ambiente popular, puede lograr adeptos después de los sucesos de Taipeh.

En relación con el levantamiento del embargo comercial a la China de Pekín, el secretario del Foreign Office, Sellwin Lloyd, lo expuso públicamente en la Cámara, diciendo que se había decidido aplicar a la China Roja la misma lista de control de productos estratégicos que está en vigor con el bloque soviético. Estas listas engloban 450 mercancías para China y sólo 250 para Rusia y satélites: su misma discriminación numérica denuncia ya lo aleatorio de su designación; porque indudablemente los armamentos quedarán prohibidos a la comercialidad..., ¡pero hasta qué punto no es mercancía estratégica la exportación de automóviles a los que se dedica un gran porcentaje, o el utillaje industrial que ha de permitir al supuesto país no amigo el perfeccionamiento de su material de transporte y el dedicar mayores posibilidades a la producción de guerra!

Según las justificaciones de Inglaterra el Gobierno británico reconoce la necesidad de mantener el control estratégico, y que no procede la supresión total del embargo, pero estima que no subsisten las circunstancias de 1951, cuando se estableció la prohibición. Y para no suscitar demasiados recelos en Estados Unidos insiste que el asunto no va ligado al reconocimiento del Gobierno de Pekín, ni al problema de la admisión de la China comunista en las Naciones Unidas.

Sin embargo, ahondando en el asunto, este problema comercial, que para Inglaterra es puramente económico, para los Estados Unidos es más bien estratégico y militar. En el interés por apoyar recursos sea donde sea, existe el peligro de que ciertos países (Japón, Suecia, Suiza, Alemania y Francia) sigan el ejemplo inglés y amplíen su comercio con China. Naturalmente, Formosa se opone de manera total a estas concesiones y su portavoz del Ministerio de Defensa, el contraalmirante Liu-Hot-tu en una conferencia de Prensa declaró que sus buques seguirán bloqueando los puertos de la China continental; y el día 5 se amplió esta decisión advirtiendo que cualquier barco inglés que se dirija a la China roja lo hará por su propia cuenta y riesgo.

Respecto a la impresión que esto ha producido en los Estados Unidos, en los primeros momentos fué de franca decepción por la postura británica, y se afirmó el mantenimiento del corte de relaciones; pero últimamente el propio presidente Eisenhower, en sus declaraciones semanales a los periodistas, señaló que la ley de prohibición subsistirá mientras las cosas sigan como hasta ahora, pero que no ve «muchas ventajas en mantener las diferencias entre los embargos determinados para China y las otras naciones comunistas».

Desde un punto de vista más militar que político, considerándolo en su eficiencia, la práctica del bloqueo a un país que tiene abierta totalmente su frontera terrestre con la soviética se reducía a complicar el tráfico marítimo, pero no al impedimento de adquirir cuanto desee. Y tal vez en la nueva política vista desde Washington se busque el orientar hacia Occidente un mercado que hasta ahora estaba implicado totalmente en la industrialización soviética.

De ciertos hechos y afirmaciones producidas con extraña simultaneidad, puede deducirse que Mao Tse Tung ha tomado el pulso a la nueva situación. Se han recrudecido los duelos de artillería en las islas de Quemoy, y el día 29 de mayo las baterías comunistas protegieron al buque de Hong Kong, «White Bee», que consiguió alcanzar Amoy. Por otro lado, Mao Tse Tung apoya toda manifestación secesionista de los satélites soviéticos; lo hizo en febrero respecto al polaco Gomulka y declaró que «en los países comunistas existe un conflicto permanente entre la parte del pueblo que ejerce el poder y las masas. Una flor no puede desarrollarse en una habitación cerrada. En un invernadero no podrá ser nunca fuerte ni bella». Ha rechazado los mé-

todos violentos de Stalin, y todo parece significar que propugna una política de mayor aproximación al resto de los países de su bloque político.

Como si esta postura quisiera tener una expresión propagandista, el día 3 de junio, por primera vez desde hace muchos años, un periódico chino se permitía censurar a Mao Tse Tung y Chu En Lay por no cumplir las promesas hechas en 1949 a los grupos no comunistas de poder participar en el Gobierno. Al mismo tiempo el jefe de Estado Mayor del Ejército, general Su Yui, anunciaba la próxima reorganización de las fuerzas armadas, con objeto de dejar más hombres libres para la agricultura y la industria, a fin de incrementar la producción, dado que el actual plan de reconstrucción económica hace imposible el mantenimiento de los efectivos militares.

Reducción militar; intensificación comercial, perfeccionamiento industrial, anuncio de libertades políticas, propagadas al mismo tiempo que se producen los hechos de Formosa, tienden tanto a la captación de este país, como al convencimiento occidental de que el Gobierno de Pekín quiere continuar los métodos coexistencialistas que practicó Rusia antes de la llegada de Kruschev.

El problema real sobre la interpretación del momento, es simplemente descubrir si la coexistencia de Pekín es sincera o sólo una maniobra más a favor del Kremlin. Y, en el futuro, no sólo del Pacífico sino del Mundo, tal vez alcancen alta significación estratégica los sucesos de Taipeh.

MIGUEL CUARTERO LARREA.

